

# AUTOGESTIÓN

## Y después del coronavirus...



...el mundo será

**autogestionario** o no será

# Tras la crisis del Covid19: el mundo será solidario y autogestionario... o no será

El mundo a nuestro alrededor moría de guerras, refugiados, emigración, hambre, dictaduras, esclavitud, enfermedad...pero éramos indiferentes. Nuestra sociedad de la opulencia se había acostumbrado a expulsar fuera de sus fronteras todos los efectos negativos de nuestras formas de vida.

La lista de iniquidades resulta, no por nombrada, menos devastadora. Nos cimentamos sobre una economía que para satisfacer a unos pocos explota y devasta sin pudor alguno. Lo hemos gritado alto en nuestra Campaña por la Justicia: ¡Esta economía mata! Y lo hemos demostrado. No hay nada más que pensar en lo que ha supuesto para la mayoría de la población empobrecida: la extracción salvaje de materias primas; el trabajo negro, máximamente precario e incluso la esclavitud; la esclavitud infantil; las guerras en dónde se vacían los arsenales militares obsoletos y se ensaya con los nuevos armamentos; las dictaduras; el uso de contaminantes prohibidos en nuestras legislaciones; la desforestación de sus bosques; las epidemias que no nos preocupaban porque sólo les mataba a ellos; las migraciones forzosas y los campos de refugiados; ...

Ahora, como un efecto búmeran, el Covid-19, sin pedir permiso ni requerir pasaportes ni salvoconductos, traspasa las fronteras y golpea nuestra seguridad. Ahora, al paso de un virus "global", el mundo se encuentra enseñándonos sin pudor alguno las ruinas de una terrible catástrofe que rememora el paso de los jinetes del apocalipsis. La catástrofe ya existía. El virus no ha hecho más que arrancarnos las vendas a muchos que no nos las queríamos quitar.



Creímos que dominábamos la naturaleza, que nuestro cuerpo era accesorio, que éramos fundamentalmente voluntad de poder, que podíamos desear sin límite y cumplir nuestros deseos. Y he aquí que un trozo de ARN nos recuerda la verdad de nuestro cuerpo. Habíamos escondido la fragilidad en residencias de ancianos, hospitales para crónicos u hogares para dependientes, en periferias geográficas y existenciales de las que no queríamos saber nada...y en este momento se asoman todos los días a nuestras ventanas. Los muertos sin rostro de los ancianos y los desechados ahora nos gritan porque de golpe ni siquiera tenemos capacidad suficiente para enterrarlos. Se estaba preparando la eutanasia para ellos sin ningún debate social y de golpe aparecen sentimientos de agradecimiento, de reconocimiento a una generación oculta.

Nuestra indiferencia, resultado del virus de la autocomplacencia y nuestro endiosamiento, se desvela más como una anestesia que como parte de nuestra naturaleza real, que es social, solidaria y política. Y estamos desconcertados. De la misma manera en la que se encuentra un paciente que ha estado todo el tiempo de su convalecencia adormecido y con las persianas bajadas y de repente se despierta y le suben las persianas. Estamos como deslumbrados, no podemos

ya mirar como mirábamos unos meses antes. La realidad, que estaba llena de un dolor que muchos no habían (habíamos) conocido en carne propia- aunque la mayoría de la humanidad si-, aparece y deslumbra nuestra mirada. Y no sabemos encajarla ni asumirla. Y, como esto debe tener explicación y una justificación, parece que todos andamos buscando culpables fuera de nosotros mismos, un chivo expiatorio para volvernos a ver liberados del dolor y la culpabilidad. Pero quizás eso ya no sea posible. Porque, aunque queramos volver a bajar las persianas, nuestro fuero interno no nos va a dejar dormir. Al menos sin somníferos.

Ante la crisis del Covid-19 tenemos la oportunidad de un mundo diferente, tal y cómo han apuntado muchas reflexiones de las que en este medio nos hemos hecho eco. El dilema, leas lo que leas sobre este tema, se reduce a dos opciones. Cabe que esto sirva para acelerar los planes de las nuevas élites, a todas luces imbuidas del viejo sueño totalitario (ahora con una capacidad tecnológica de control sin precedentes). O cabe que la sociedad despierte, debata y se organice. No desdeñamos para nada las fuerzas que juegan a favor de la primera opción, que es el campo de juego en el que estamos. Pero nosotros apostamos por trabajar en la segunda opción.

Podemos tomar de referencia una experiencia tan indeleble como la que hemos tenido en medio de tanto dolor: la experiencia del valor tan importante que tiene aquello que apenas contaban para este sistema; la experiencia de la de subsidiariedad, del apoyo, de la acogida y la ayuda mutua; la experiencia de la solidaridad sin fronteras, de la cooperación; la experiencia del cuidado y la ternura hacia los más vulnerables y débiles; la experiencia, en suma, de los que vienen trabajando y siguen trabajado con la noble intención de construir el bien común con absoluta independencia de las etiquetas politiqueras con las que el juego del poder nos pretende dividir, disolver y enfrentar.

Cabe seguir apuntalando una cultura de muerte que legitima un mundo de esclavos. O cabe un plan para resucitar, en la línea que nos ha propuesto el Papa Francisco. O nos hacemos responsables y

protagonistas del mundo, o abrazamos la firme y determinada voluntad de construir el bien común, o empujamos al mundo hacia la solidaridad sin fronteras y hacia la Autogestión...o nos mantendremos

en las sendas del descarte y la autodestrucción. Está en nuestras manos decidir en qué dirección queremos empujar. Porque aquí la neutralidad, como siempre, será imposible.●

## Siria, un tablero de ajedrez bañado de sangre

Siria es uno de los mayores campos de disputa geopolítica y de maniobras militares con fuego real, que aplasta a millones de personas atrapadas entre múltiples muros e intereses.

Con más de 300.000 muertos sepultados entre los escombros, o enterrados en fosas terrestres y marinas, Siria se ha convertido en un cementerio de inocentes.

Desde que comenzó la guerra en 2011, doce millones de sirios se han visto obligados a huir de sus hogares, muchos de ellos siguiendo rutas de muerte por Turquía, Libia y el mar Mediterráneo, u obligados a asentarse en inmundos y saturados campos de refugiados.

Durante estos últimos años, con al apoyo ruso e iraní, el gobierno de Damasco ha impulsado la guerra en el norte (sobre todo en la provincia de Idlib), con la excusa de reducir a los últimos milicianos del Daesh y grupos rebeldes, pero con consecuencias horribles sobre la población civil. Recordemos cómo en septiembre de 2018, Turquía y Rusia acordaron convertir a Idlib en una zona de paz, en la que los actos de agresión estarían expresamente prohibidos. Nada más lejos de la realidad, todo para ganar tiempo. La guerra continuó su danza mortífera.

La aparición de Turquía en este escenario (un país de la OTAN), invadiendo Siria a finales de 2019,

por propia iniciativa, agravó la situación. Con esta maniobra

los otomanos mantenían su poder en la franja de control kurdo y hacían frente a la ofensiva siria en esta zona. Más de 3 millones de personas se encontraban atrapadas en esta área, entre tanques y muros turcos, entre bombarderos rusos, entre tropas sirias... zona donde también se hallaban miles de cristianos rehenes de las distintas facciones enfrentadas, encerrados en esta maraña de violencia incontraolada.

Turquía que finalizó hace unos meses la construcción de un muro de hormigón de 764 kilómetros en su frontera con Siria, controla el flujo de refugiados que se desplazan a su territorio desde Siria, así como los que salen a la Unión Europea a través de Grecia, ejerciendo presión sobre la UE. Un arma de doble filo apuntando hacia dos lados, pero con los mismos rehenes. Simultáneamente, la Unión Europea blindó su frontera con Turquía mientras los refugiados sirios y afganos sufrían todo tipo de vejaciones y abusos en territorio turco. El mismo gobierno español envió unidades policiales para participar en el "Equipo de Respuesta Rápida" de Frontex a la frontera griega.

Pero por si esto fuera poco, también se produjo un acuerdo tácito de EEUU e Israel con sirios y rusos, por el que los israelitas tienen "permiso" para responder militarmente



a objetivos de milicias chiitas y de Hizbulá asentadas en Siria, siempre que no afecte a los intereses del gobierno de Damasco y sus aliados rusos.

Mientras esto ocurría la comunidad internacional se encogía de hombros, sin querer oír el grito de los sirios, de los empobrecidos obligados a esquivar las bombas y a vivir en el horror diario.

Pero hemos de preguntarnos. ¿No ha habido suficiente ensayo de armamentos sobre un pueblo? ¿Quién ha vendido armas a unos y a otros? ¿Quién ha dado apoyo logístico y de inteligencia militar para llegar a este escenario dantesco? ¿A quién interesaba e interesa el triunfo de unos y otros?

Los muros de hambre, de guerra y destrucción, acorralan a los empobrecidos de la tierra. Muros de hambre provocada, de miseria forzada y muros de violencia en su vida diaria. Tablero de ajedrez bañado de sangre.

Como los etíopes en Yemen, los hondureños y salvadoreños en México, los magrebíes en Marruecos, el sufrimiento de los pobres solo puede aliviado por la esperanza de una nueva política internacional que abandone las ansias de poder y una economía al servicio del ser humano.●

# Venezuela está siendo esquilhada en medio del hambre y la miseria

Los hechos del diario devenir en Venezuela ponen de manifiesto que es un país cuyo pueblo se encuentra sometido a toda clase de carencias: falta de gasolina, falta de gas doméstico -muchos han tenido que recurrir a la leña para poder cocinar-, falta de agua, -el pobre debe ahora comprar el agua porque no llega a través de la red de distribución-, más de la mitad del transporte está paralizado, la gente se ve obligada a caminar kilómetros para cualquier cosa. Unido a ello está la falta de dinero efectivo para poder comprar y cubrir las necesidades mínimas de las personas.

Hoy el país está prácticamente paralizado. La industria petrolera está quebrada y el resto del sector productivo apenas funciona a un 20% de su capacidad; y para remate, la hiperinflación, que ha pulverizando la moneda venezolana, y ha ocasionando una actividad económica distorsionada marcada por el desorden, la informalidad, la especulación y la proliferación de dólares americanos de dudosa procedencia.

Todo esto ha ocasionado, entre otras cosas, que más de cinco millones de venezolanos hayan tenido que emigrar a otros países y que cerca del 50% de los educadores de las escuelas y universidades hayan abandonado las aulas, con la gravedad que esto implica.

La pandemia del coronavirus no ha hecho más que agravar la situación insostenible ya existente. El hecho es que más del 80% de la población venezolana depende de la economía informal, y carece de toda protección para afrontar la situación. Los hospitales están desabastecidos, sin lo más elemental, y sin posibilidad alguna de hacer frente a la enfermedad.

Con el precio del petróleo en caída libre, y sin entrada de divisas, es muy probable que el país tenga que declararse en bancarrota, en un momento en que necesita del exterior para abastecerse de lo más necesario.



La situación ha cambiado tan drásticamente, que de ser el país que tenía la gasolina más barata del mundo, prácticamente regalada, hoy ha pasado a ser la más cara del mundo, pagándose por encima de los 4 dólares el litro de gasolina en el mercado negro. Esto por supuesto repercute en toda la cadena de producción y comercialización encareciéndolo todo. Las consecuencias son al alto coste de la vida (solo en un mes los precios han aumentado un 80%) y hambre generalizada.

En los últimos días el gobierno ha intervenido varias empresas para controlar los precios de una veintena de productos básicos para evitar la especulación. Se sabe que esta medida solo trae mayor escasez.

Las restricciones impuestas por el gobierno frente a la pandemia, solo vienen a reforzar las restricciones que ya tenía por la falta de transportes, y de servicios públicos básicos y el desabastecimiento. El estado de alarma decretado por el

Gobierno para hacer frente a la crisis es muy probable que se alargue con el tiempo. El confinamiento y las medidas de excepción le vienen muy bien al gobierno para contener a una población cada vez más desesperada. De hecho, ya han empezado los saqueos y las protestas por la escasez. Venezuela es ahora mismo una bomba de relojería con consecuencias difíciles de prever. Pero la represión y la violación de los derechos humanos está servida. De momento, el gobierno intentará seguir repartiendo migajas y ayudas como los bonos de comida y que hasta ahora han servido para controlar la situación. Pero ¿podrá seguir haciéndolo sin la entrada de divisas y de fuentes de ingresos?

En medio de todo este caos "sobreviven" los más fuertes, los especuladores y los enchufados en el gobierno principalmente los militares que se han convertido el sector más corrompido de la sociedad venezolana, mientras los pobres son los que padecen todos los males.

En el tablero mundial, Venezuela seguirá jugando el papel de país ser suministrador de los recursos naturales que el imperialismo necesita en esta nueva revolución post-covid. Con la crisis internacional por la pandemia el saqueo va a ser aún mayor por la debilidad del país.

A pesar de todo ello, seguimos creyendo que la capacidad de resiliencia del pueblo de Venezuela, su vivencia de la solidaridad en pequeños hechos de la vida cotidiana, es su mayor poder para salir adelante en medio de tanto dolor y sufrimiento. Una comunidad de oprimidos y excluidos que necesita su promoción como pueblo. Y no hay duda que tiene sembrada la semilla, donde la fe cristiana y su sentido religioso de la vida es su arma más poderosa para vencer al mal con el bien. Solo hace falta que tomen conciencia de ello y que se deje de aplastarles. Nosotros tenemos el deber de seguir alzando la voz frente a esta situación.●

# Carta 77

## Levantar la voz en defensa de los Derechos Humanos

Por M<sup>a</sup> Mar Araus

**E**n estos momentos de la historia se está configurando un nuevo totalitarismo neocapitalista, generando una división del mundo entre aquellos que detentan el poder financiero y tecnológico y el resto de la humanidad, aumentando la guerra de los poderosos contra los débiles.

Millones de seres humanos están siendo literalmente descartados del mercado y del estado; o bien, produciendo como auténticos esclavos, con un trabajo que malviven, sin hogar, familia y sin futuro.

Por eso, es más necesario que nunca conocer las experiencias de lucha contra los totalitarismos pasados y actualizarlas a nuestro tiempo. En este sentido nos ha parecido muy importante recuperar esta página de la historia para que las personas que queremos ser libres y defender la dignidad de todo ser humano aprendamos de sus aciertos y de sus errores.

La "Carta 77" constituyó un verdadero grito de libertad en los años setenta y pronto se convirtió en un verdadero manifiesto de la disidencia en Checoslovaquia, Polonia y otros países comunistas contra el totalitarismo que estaban viviendo. Es una prueba más en la historia de que las transformaciones más profundas de la sociedad vienen de pequeñas acciones de personas asociadas que no tienen poder: el "poder de los sin poder". Los hombres y mujeres estamos llamados a vivir en la verdad, a seguir la llamada de la conciencia y alzar la voz contra la mentira, de la que el propio poder



totalitario es prisionero. Como diría más tarde uno de los autores de la Carta 77, Vaclav Havel: "una palabra verdadera, incluso pronunciada por un solo hombre, es más poderosa, en ciertas circunstancias, que todo un ejército. La palabra ilumina, despierta, libera. La palabra tiene también un poder".

La noche del 11 de noviembre de 1976, unos amigos se habían reunido en un apartamento de Praga, preocupados por el atropello de los derechos humanos. Uno de ellos afirmó: "Algo hay que hacer".

La invasión militar de Checoslovaquia de 1968, encabezada por el Ejército Rojo y ejecutada por varios países miembros del Pacto de Varsovia, había servido para aumentar la represión contra todo tipo de manifestación de inconformidad.

El gobierno encabezado por Gustav Husák, presidente de la República y Secretario General del Partido Comunista, había firmado varias convenciones sobre los Derechos Humanos, cívicos, económicos y sociales. El día 13 de octubre de 1976, en la colección de leyes se

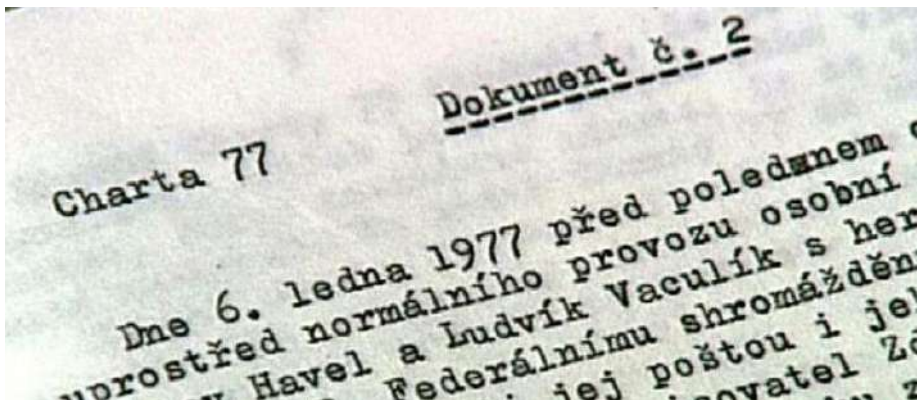
publicaron los "Tratados Internacionales sobre Derechos Cívicos y Políticos" y los "Tratados sobre Derechos Económicos, Sociales y Culturales", firmados en nombre de la República en 1968, ratificados en Helsinki en 1975, y entraban en vigor el día 23-11-1976. Desde ese momento los ciudadanos tienen derechos, y el Estado tenía obligación de cumplir. Pero, sin embargo, no respetaban ni eran de conocimiento público.

Esto obligó a Václav Havel, Jití Hájek y Jan Potocak a redactar el texto Carta 77, que vio la luz el 1 de enero de 1977. Tendrán, también, la tarea de ser portavoces de la Carta 77. Se trató de un manifiesto que exigía al régimen comunista que respetara los acuerdos internacionales que voluntariamente había aceptado. Carta 77 fue firmada por 241 personas, todo un éxito en la Checoslovaquia comunista. Después de la invasión de 1968 nada ni nadie habían recibido semejante respaldo público.

La Carta 77 nace en el trasfondo de la solidaridad y amistad de las personas que comparten los desve-

los por el destino de unos ideales a los que unieron sus vidas y trabajos. Siguiendo el estilo de Václav Havel, fue un movimiento en el que se "hacía política sin hacer política", esto quiere decir que sus miembros no se guiaban por políticas partidistas, porque estaban hartos de que la sociedad checoslovaca funcionaba según el dictado único de Partido Comunista.

El contenido de la Carta 77 denunciaba todas las violaciones sistemáticas que se hacían contra los derechos que el mismo Estado había firmado para garantizar ciertas libertades y derechos de las personas. Lamentaban que estos derechos fundamentales sólo estaban escritos sobre el papel, a pesar de estar vigentes en la República Socialista Checoslovaca.



Era totalmente ilusorio el derecho a la libertad de manifestación, garantizada en el artículo 19: para decenas de ciudadanos era imposible trabajar en su propia profesión, por tener diferentes opiniones a las oficiales del régimen. Eran objeto de persecución o de discriminación. A miles de personas se les negaba la libertad y estaban obligados a vivir con miedo de perder el trabajo, si manifestaban su opinión.

El derecho a la educación, garantizado en el artículo 13, entraba en contradicción, pues muchos jóvenes no podían estudiar a causa de sus opiniones o la de sus padres.

Las reclamaciones de derechos, investigar, recibir y distribuir informaciones o ideas de todas clases, verbalmente, por escrito, impresas

o por medio de expresiones artísticas era perseguido, no sólo por los tribunales sino por otros medios, bajo la disculpa de acusación criminal.

No se podía manifestar la opinión en materia política, filosófica o científica si no estaba de acuerdo con las normas sobre ideología o estética oficial y, por tanto, no podía ser publicada. No existía la posibilidad de protección contra calumnias o injurias de la propaganda oficial; la protección legal contra las "ofensas al honor y a la fama", garantizada en el artículo 17, no existía prácticamente. Las inculpaciones falsas no podían ser impugnadas, y cualquier iniciativa para obtener reparación por vía judicial estaba excluida. Muchos hombres de ciencia o pertenecientes a la vida cultural eran discriminados solo porque

hacía años habían manifestado públicamente opiniones oficialmente contrarias al régimen.

La libertad de las confesiones religiosas estaba arbitrariamente limitada por el poder, además de la actividad de los sacerdotes, sus catequesis religiosas o sus actividades misionales.

En caso de conflicto, los ciudadanos no tenían posibilidad de defenderse. Esta situación impedía a los trabajadores constituir libremente sus organizaciones sindicales, con el fin de defender sus intereses económicos y sociales, sin poder hacer uso del derecho a la huelga.

El Ministerio del Interior podía intervenir en los asuntos de la vida privada, de la familia, del domicilio

o de la correspondencia, intervenir el teléfono, escuchar en domicilios, censurar la correspondencia, vigilar a las personas, registrar domicilios, o también despedir a los trabajadores.

No se respetaba tampoco el artículo 14. En caso de persecución por motivos políticos no se respetaban los derechos de los acusados, ni su defensa. En las cárceles, las víctimas eran brutalmente tratadas, sin respeto a su dignidad.

La Carta 77 no sólo hacía responsable al poder político y estatal del cumplimiento de los derechos, sino también a la comunidad y a cada uno de los ciudadanos.

Václav Havel llegó a escribir: "Cada uno de los signatarios depositaba en el documento una esperanza o deseo diferente. Cuando escribí el texto en una máquina de escribir con 10 copias al carbón, me dije: esto acabará con el comunismo".

Las consecuencias de la publicación de la Carta fue una campaña contra los promotores y firmantes del documento, tanto en prensa escrita como en televisión y radio. Fueron presentados como los mayores enemigos de la sociedad.

El aparato represivo del régimen comunista arremetió contra todos los llamados "cartistas". Hubo muchos encarcelados y trataron de impedir que se distribuyera el texto. La represión fue tal que al final terminó convirtiéndose en el primer movimiento opositor de la Checoslovaquia comunista. A nivel internacional se propagó el contenido de la Carta y el primero en publicarlo fue el diario francés Le Monde.

Como movimiento opositor Carta 77 sirvió de paraguas para toda una serie de actividades a favor de la libertad y la democracia. Los "cartistas" organizaban desde eventos culturales, como sesiones de teatro clandestino hasta publicaciones de libros que los comunistas tenían en la lista negra.●

# Los niños mineros utilizados para nuestros coches eléctricos

Por Barbara Jones

**D**orsen, de 8 años, y Mónica, de 4, trabajan en las minas de la República Democrática del Congo (RDC). Son dos de los 40.000 niños que trabajan diariamente en las minas, revisando las rocas en busca de cobalto.

Se llama Dorsen y pertenece al ejército de niños, algunos de apenas cuatro años, que trabajan en las extensas minas contaminadas de la República Democrática del Congo, donde el polvo rojo tóxico les quema los ojos, corriendo el riesgo de padecer enfermedades de la piel y de los pulmones mortales. Aquí, por un salario de solo 10 céntimos de euro al día, revisan las rocas en busca de rayas reveladoras de cobalto, el preciado ingrediente esencial para las baterías que alimentan los coches eléctricos.

Y se teme que miles de niños más estén a punto de ser arrastrados a esta infernal existencia cotidiana, después de la promesa histórica hecha por Gran Bretaña de prohibir la venta de automóviles de gasolina y diésel a partir de 2040 y cambiar a vehículos eléctricos.

Casi todos los grandes fabricantes de motores que se esfuerzan por producir millones de vehículos eléctricos compran su cobalto al empobrecido estado de África central. Es el mayor productor mundial, con el 60 por ciento de las reservas del planeta.

El cobalto es extraído por mano de obra no regulada y transportado a Asia, donde los fabricantes de baterías lo usan para hacerlas menos pesadas, duraderas y con mayor capacidad de recarga. El objetivo de cambiar los vehículos tradicionales a eléctricos ha llevado a un aumento extraordinario de la demanda. Mientras que la batería de un teléfono inteligente no usa más de 10 gramos de cobalto refinado, un automóvil eléctrico necesita unos 15 kg.

Goldman Sachs, el banco mercantil, llama al cobalto "la nueva gasolina", pero no hay signos de desarrollo en la República Democrática del Congo, donde los niños transportan las rocas traídas de los túneles que han sido socavados a mano.

Los mineros adultos excavan hasta 200 metros bajo la superficie del terreno utilizando precarias herramientas, sin ropa protectora o maquinaria moderna. A veces, los niños son enviados a las estrechas galerías donde existe un peligro constante de derrumbe.

El cobalto es tan peligroso para la salud que tiene una enfermedad respiratoria asociada y que lleva su propio nombre: *pulmón de cobalto*, una forma de neumonía que causa tos y provoca incapacidad permanente e incluso la muerte. El simple hecho de comer vegetales cultivados en estos tipos de suelos puede causar vómitos y diarrea, daño al tiroides y enfermedades pulmonares fatales. Tal es así que algunos tipos de aves y peces no pueden sobrevivir en estas áreas.

Nadie sabe exactamente cuántos niños han muerto extrayendo cobalto en la región de Katanga, en el sureste del país. La ONU estima que ochenta por año, pero muchas más muertes quedan sin registrar, con los cuerpos enterrados en los escombros de los túneles desplomados. Otros sobreviven, pero con enfermedades crónicas que destruyen sus incipientes vidas. Las niñas, de apenas diez años, son víctimas de ataques sexuales y muchas quedan embarazadas.

El amigo de Dorsen, Richard, de 11 años, nos dijo que al final de un día de trabajo "todo duele".●



# ¿Por qué se ha desbordado nuestro sistema de salud con esta pandemia?

Por Ana Solano y Víctor Navarro (\*)

**L**a actual pandemia de COVID-19 nos ha sorprendido. Pero, sobre todo, nos ha aterrorizado. Durante el período de su expansión máxima ha producido un altísimo número de enfermos graves y fallecimientos en un corto período de tiempo. Ello, como todos sabemos, no sólo ha desbordado la capacidad del sistema sanitario, sino que ha generado el confinamiento de la población y la paralización de la vida económica en muchos países del mundo



## Una pandemia inesperada

Pero el miedo no desaparece ni desaparecerá con el fin del confinamiento y la reducción del número de casos. El virus sigue presente y la pregunta que todos nos hacemos es ¿y ahora qué?, ¿cómo y cuándo volveremos a la normalidad?, ¿a qué normalidad? ¿cuándo estará disponible la vacuna?

Ante estos interrogantes queremos aportar, especialmente desde el ámbito sanitario, algunos aspectos que nos parecen importantes y que deben sumarse o solaparse a la reflexión que desde distintos ámbitos se viene haciendo.

## No es la primera pandemia de la humanidad ni será la última

Desde que tenemos memoria histórica, tenemos descripciones

de grandes epidemias. No pretendemos recorrer toda la historia de las epidemias, ni siquiera hacer una somera mención más o menos exhaustiva de las mismas. Pero no nos resistimos a tratar de mostrar cómo los cambios de época, de formas de vida colectiva, traen consigo nuevas formas de relaciones entre los hombres, y de los hombres con la naturaleza, que generan nuevos tipos de contactos y reacciones que hasta ese momento resultaban del todo desconocidas.

En la Edad Antigua ya tenemos constancia documental de la llamada “Peste de los Antoninos” de tiempos de Marco Aurelio, que se extendió por todo el mundo entonces conocido. Al parecer fue transmitida por el movimiento, desde oriente, de las tropas en el Imperio Romano. Estimaciones históricas dicen que mató alrededor de una

cuarta parte de los habitantes del orbe, al encontrar una población sin inmunidad previa frente a ella. Galeno la compara con la “Peste Ateniense” anterior a ésta.

En el Medievo contamos con las descripciones que la literatura de la época hace de la llamada “Peste Negra”. Peste habitualmente bubónica pero que saltó a una forma neumónica. Se extendió de forma incontrolada al adquirir una transmisión respiratoria. La yersinia, que es su patógeno, circulaba sin necesidad de rata, ni de pulga. Las ciudades medievales quedaron abandonadas. La peste, en su forma epidémica, desapareció sin tratamiento, y sin que siquiera se lograra entender, en ese momento, la razón de su comportamiento epidémico.

En la época de los grandes viajes a ultramar, no podemos dejar de



recordar las muertes por escorbuto que -aunque no sea de naturaleza infecciosa y transmisible- originó grandes desastres en armadas y expediciones. Gracias a algunas mejoras técnicas fue posible aumentar drásticamente los días embarcados. Sin embargo, el desconocimiento de la importancia de la vitamina C en la dieta, tuvo efectos más devastadores que las tormentas marinas, e incluso, a veces, que los cañones enemigos en las batallas navales.

La relación con el nuevo mundo desde el siglo XVI no estuvo exenta de una alta mortalidad al intercambiar, en ambas direcciones, gérmenes desconocidos en la otra latitud. Mencionar, en dirección hacia Europa, los tremendos brotes de fiebre amarilla que se produjeron en las ciudades portuarias de Sevilla o Málaga a la llegada de buques que traían enfermos y mosquitos de América. Estos brotes, si bien eran auto limitados en tiempo y espacio, provocaron una altísima mortalidad en dichas ciudades. En la dirección que va de Europa hacia América, y aunque los estudios no son del todo concluyentes por falta de documentación, son también bastantes conocidas las enfermedades que se atribuyeron a los conquistadores en los territorios conquistados. Entre ellas, la influenza, el sarampión y la viruela se cuentan entre las más mortíferas.

Podemos continuar con los estragos de las epidemias de cólera en la Inglaterra del siglo XIX, la In-

glaterra de la revolución industrial. Pero no sólo el cólera, porque el hacinamiento, el hambre y la absoluta falta de higiene de los barrios obreros, propició igualmente el azote de las epidemias de tuberculosis. Esta llegó a hacerse endémica y mantuvo largo tiempo una escandalosa mortalidad en niños, jóvenes y ancianos, allí donde la revolución industrial se expandía.

**Sin embargo, en vez de afrontar las formas de vida- los ecosistemas sociales- que hacen posible las epidemias como fenómeno colectivo, el germen absorbió todo el protagonismo**

Durante las guerras mundiales en la primera mitad del siglo XX, el tifus exantemático de las trincheras llegó a ser un factor determinante en la capacidad militar de los ejércitos. Y, a lo largo de la actual pandemia, no se ha dejado de hacer referencia a las grandes epidemias de gripe española y asiática de ambas guerras y posguerras (1918 y 1956)

En el pasado más reciente hemos convivido con grandes epidemias de cólera, paludismo, tuberculosis, ya endémicas en muchas zonas del planeta... y más recientemente SIDA, Ébola, Zika o coronavirus (SARS o MERS). En todas se ha sembrado de muertes nuestro mundo actual.

El problema es que, ya en nuestro siglo, y en la misma medida en que se agigantaba la brecha entre el Norte enriquecido y el Sur empobrecido, estas epidemias han pasado a ser para nosotros, los enriquecidos, anecdóticas mientras no nos afectaran demasiado o afectaran a capas de población marginal. Esa es la verdad.

**Preferimos seguir culpando a un virus**

Esta pandemia tiene dimensión planetaria y está causada por un “nuevo” virus. La novedad del virus es relativa porque llega precedido de importantes brotes epidémicos. No tanto por su extensión sino por su agresividad y alta letalidad, el SARS y el MERS, eran también conocidos coronavirus de transmisión respiratoria.

Desde el descubrimiento de los gérmenes, la época de la microbiología ha cambiado nuestra visión de las epidemias. Lo cierto es que su presencia siempre ha estado ligada a condiciones de vida adversas: el cólera se asocia a la falta de saneamiento básico y agua potable desde el siglo XIX; la tuberculosis se extiende por el hacinamiento y el hambre; la malaria tiene mucho que ver con condiciones insalubres en el medio, con charcas, animales, donde abundan los mosquitos... con todo un ecosistema letal.

Sin embargo, en vez de afrontar las formas de vida- los ecosistemas sociales- que hacen posible las epidemias como fenómeno colectivo, el germen absorbió todo el protagonismo. Cuando afrontamos el combate contra el germen en el nivel individual se puede ser eficaz, pero eso no resuelve el problema colectivo común. Para muestra de lo dicho, la multiresistencia del bacilo de Koch, a cuya manifestación en el organismo llamamos tuberculosis. Llevamos más de un siglo sin lograr dominar la enfermedad, a pesar de disponer de medicamentos adecuados que en poco tiempo se transforman en ineficaces. Si permanecen las condiciones para la tuberculosis, el bacilo de Koch



sigue provocándola a pesar de tratamientos que inicialmente puedan ser adecuados.

En esta ocasión no habíamos percibido la insalubridad de nuestras formas de vida, masificadoras, individualistas pero iguales para todos, y además fatales para la transmisión respiratoria. Pero lo peor es que tampoco nos habíamos apercebido de la nocividad de un mercado global que funciona con el motor del lucro y el poder y que, entre otros problemas, nos hace tan dependientes. El mundo entero ha estado desabastecido de productos indispensables (mascarillas, EPIs, hisopos...) porque el país productor interrumpió su distribución.

Debemos tomar conciencia del círculo autodestructivo en el que nos movemos. Este mercado capitalista ya de por sí genera millones de víctimas. La globalización y el neocapitalismo financiero ya venían generando mucha enfermedad y muerte en el mundo. Pero, además, el tipo de relaciones que establece entre las personas y de éstas con la naturaleza, provoca respuestas nocivas para la salud, que se convierten en epidemias, que también son letales para la población más vulnerable. Si la propuesta de salida de la epidemia se centra sólo en “el virus”, en esta concepción individualista y masificadora en la que nos venimos moviendo, nos espera una crisis sobrevenida que volverá a generar más muertes que el propio virus. Se trata de un círculo vicioso que, de no romperse, nos mantiene en una lógica autodestructiva.

Puede que, una vez más, prefiramos seguir culpando a un virus (al que no podemos pedir responsabilidad, ni condenar) antes que investigar las causas que generaron las condiciones propicias para la expansión de la pandemia. Nos seguimos devanando los sesos indagando en lo circunstancial, mientras que miramos hacia otro lado ante las causas. Y sin reflexionar con la máxima seriedad sobre dichas causas, nunca atajaremos el problema.

Pero ahora nos vamos a centrar en la respuesta del sistema sanitario. Este sistema ha adolecido de al menos dos daños que lo han penetrado en las últimas décadas: la debilidad del propio sistema de salud y la mentalidad tecnocrática. Si queremos aprender de los errores no basta con mirar la gestión concreta de estos últimos meses, hemos de dirigir la mirada a las últimas décadas.



### **Debilidad del sistema de salud y mentalidad tecnocrática. Degradación de la atención primaria.**

La debilidad de nuestro sistema de salud procede, en primer lugar, de la descapitalización creciente que viene sufriendo desde la crisis económica del 2008 y los posteriores planes de ajuste. Esto tiene que ver con los criterios de austeridad (¿o habría que llamarlos de mezquindad?) impuestos a bienes comunes necesarios para garantizar derechos humanos y constitucionales, como el derecho a la vida y a la protección de la salud.

El grave daño al Bien Común que la descapitalización del sistema sanitario público supone viene avalado por el *Acuerdo General sobre el Comercio de Servicios* que entró en vigor en 1995. Partiendo de este Acuerdo, la Organización Mundial de Comercio diseña la ruta hacia la privatización de servicios básicos y comunitarios como el agua, la sanidad, la educación, los servicios sociales... Ya es oficial: todo pue-

de ser negocio, también el dolor y la enfermedad. Todo gobierno que quiera mantenerse en el poder ha de seguir la ruta diseñada por los organismos supranacionales con los que hay compromiso en el mundo globalizado. El crecimiento de la red privada a su amparo ha permitido el paulatino deterioro del Sistema Nacional de Salud creado con la Ley General de Sanidad de 1986.

Lo más dañado en este devenir ha sido la red de Atención Primaria y la Epidemiología. Y esto es así porque la mentalidad tecnocrática de nuestra cultura ha dirigido la mirada hacia los hospitales (y ahora hacia las UCIs) intentando guardar, en lo posible, su integridad dentro del marco de austeridad.

En los últimos decenios se ha ido desplazando paulatinamente de la Atención Primaria el concepto de salud y de servicios sanitarios que contemplaban como sujeto de atención a la comunidad. Si se reconoció la Medicina Familiar y Comunitaria era porque a las personas se las consideraba con su dimensión relacional e institucional. ¿Qué ha quedado de esto? Nada. Hemos caminado, en aras del negocio, hacia un retorno a la medicina de corte biologicista que se ocupa solo de un cuerpo o de una parte del mismo. En el contexto actual, la Atención Primaria pasa a ser un simple primer eslabón de la cadena asistencial que tiene el objetivo de filtrar los problemas para evitar la sobre-

carga de los hospitales, ya que estos siguen siendo la verdadera estrella. Así la Atención Primaria pierde importancia y puede sufrir todo tipo de recortes.

En la declaración publicada tras la Conferencia de Alma Ata en 1978, la Conferencia sobre Atención Primaria de Salud, convocada por la OMS para establecer la estrategia que nos llevara al objetivo de “Salud para Todos”, se refleja con claridad el convencimiento de que la salud es un objetivo social prioritario en todo el mundo, y que el desarrollo económico y social es esencial para su consecución. Superar las inaceptables desigualdades en salud, sigue diciendo la declaración, requiere de la acción de muchos sectores y de un sistema nacional de salud integrado y en coordinación con los mismos. Finalmente acaba declarando que para ello se requiere una utilización mejor de los recursos mundiales, gran parte de los cuales se gastan en conflictos militares.



En lo específicamente médico, la declaración de Alma Ata dice que “la Atención Primaria de Salud (APS) se basa en la práctica, en las pruebas científicas y en la metodología y la tecnología socialmente aceptables, accesible universalmente a través de la participación social, y a un costo que la comunidad y el país puedan soportar”.

La filosofía en que se sustenta la APS para responder a los problemas de salud de la sociedad, se basa en el principio de subsidiaridad, es decir, en una base social que asume su protagonismo. Son también pilares fundamentales de la Atención Primaria, marcada por una alta complejidad, la intersectorialidad en los conocimientos y acciones, y la solidaridad por la amplia interrelación en la vida de los pueblos. Por eso, ahora que vemos la necesidad de reforzar y reinvertir en los sistemas sanitarios, es muy necesario retomar la experiencia de Atención Primaria que aquí se sostiene. Esta

ha sido no sólo poco evaluada sino interrumpida por el interés del lucro como único valor a considerar, también en lo que concierne a la salud de los pueblos.

Ante el dilema del alto coste de la continua innovación tecnológica aplicada a la atención de salud, fue la propuesta de la Atención Primaria de Salud Selectiva la que de forma casi imperceptible resituó el tema de la salud nuevamente en el marco biologicista y tecnocrático, apto para una respuesta individual y privada. El argumento a favor de esta opción defendía que solo se proporcionará la tecnología cuyo costo el país, o grupo social, pue-

da soportar. No se contempló la reducción de costos tecnológicos porque el beneficio económico ha de ser, una vez más, el único elemento intocable. De esta manera, el sujeto de la atención dejó de ser imperceptiblemente la comunidad y pasó a serlo “el cuerpo individual” con sus órganos y aparatos. Es lo que tenemos.

**Responder a un problema comunitario con lógica de servicios médicos individuales**

Entonces ¿no son necesarios los hospitales y las UCIs? En la respuesta a esta pandemia no hemos hablado de otra cosa y hemos reorganizado toda la vida social con el único objetivo de que estos servicios esenciales no se colapsaran.

Evidentemente no es discutible su imprescindible aportación al restablecimiento de la salud cuando esta se pierde, y más aún cuando se pierde tanto que el paciente

queda al borde de la muerte. Pero deben estar al servicio de la Atención Primaria y no al revés. Tenemos, somos, cuerpo. Y cuando la adversidad llega a dañar nuestra biología, es la medicina, con todo el conocimiento de esta, la que ha de intervenir; la muy especializada cuando el daño es muy grave. Pero es muy amplio el campo de actuación en materia de la salud previo a ese daño grave.

En España tenemos un Servicio Nacional de Salud, no un Seguro de Servicios Médicos como en EEUU. Aunque son muchas las compañías multinacionales que en los últimos años han aparecido en la escena sanitaria, también en España, al amparo del ya mencionado AGCS (Acuerdo General de Comercio y Servicios)

Y ¿cuál es la diferencia? El seguro cubre determinadas prestaciones, las que se hayan contratado, a sujetos que hayan suscrito una póliza, cuyo precio dependerá del nivel de riesgo de la persona que lo suscribe. No hay más campo de actuación que el cuerpo de su cliente. El Servicio Nacional de Salud en cambio busca, o debería buscar, el Bien Común, en materia de salud, de la población sobre la que tiene competencia. Su actuación ha de velar por la seguridad de los alimentos, las garantías del agua y el aire, la disponibilidad, seguridad y vigilancia farmacológica, la vigilancia epidemiológica, por nombrar sólo las más clásicas, además de la red de servicios médicos. Su coste se contempla en los Presupuestos Generales del Estado y es una forma de redistribución de la riqueza, liberado de la presión de la rentabilidad económica, de modo que no debieran contribuir más los sectores más frágiles y enfermos de la población.

¿Qué nos ha pasado con la COVID-19? Que hemos tenido que responder a un problema comunitario con lógica exclusiva de servicio médico. Esto resulta, por principio, imposible. Veamos algunos números.

Si se hubiera contagiado un 15% de la población, estaríamos hablando de unos 7 millones de personas contagiadas. Si de ellas el 20% hubieran necesitado hospitalización, necesitaríamos 1,4 millones de camas hospitalarias. Y, si de ellos, el 5% requiriesen UCI, se necesitarían 70 mil camas de UCI. Si los contagios se dan en poco tiempo y el tratamiento necesitara entre 4 y 6 semanas de duración, podríamos encontrarnos con una demanda, si no tan elevadas, sí a la mitad de estos números como mínimo. Si este u otro nuevo germen que circulara llegara a producir mayor morbilidad, afectando a un mayor porcentaje de la población, estos números quedarían pequeños. Es obvio que así no podemos responder.

Todavía nos queda otra esperanza basada en la tecnología: la vacuna. Por supuesto será una buena respuesta, sobre todo para los patrocinadores..., pero para la población va a depender de la capacidad de mutación del germen, de las características de la resistencia inmunitaria que genera y de las características de la vacuna que logre vencer primero las dificultades hasta llegar al mercado.

### **Si, se puede actuar con otra lógica: la lógica comunitaria.**

Ya en el siglo XIX se logró controlar importantes epidemias de cólera, por ejemplo, en Londres, sin ni siquiera conocer la existencia de los gérmenes y su posibilidad de producir enfermedades. Y esta capacidad sigue existiendo. La Epidemiología es una herramienta clave

para entender, y por tanto controlar y prevenir, la conducta de la enfermedad en la comunidad y para detectar sus causas en las características concretas de las formas de vida de los pueblos. Es un elemento esencial de un Sistema Nacional de Salud, sin la cual este no puede tener éxito. Detener la circulación del virus parando el mundo, es matar moscas a cañonazos.

En 1977, en cuanto existió una cartera de Sanidad en el primer Gobierno democrático de España, una de las primeras medidas que tomó fue recuperar las plazas de Epidemiólogos. Desde la II República existía una red de Vigilancia Epidemiológica en España que había desaparecido en los 40 años de dictadura. En 1978 se había recuperado la red anteriormente existente y la Ley General de Sanidad de 1986 puso las bases para hacerla capilar en el Servicio Nacional de Salud. Sin embargo, en las últimas décadas esa capilaridad fue decayendo ante los recortes económicos.

En realidad, su cometido principal es tener actualizado el mapa de riesgos de la población encomendada. Era la encargada de detectar dónde la vida social (en sentido amplio) se ve resquebrajada y es esperable que deje crecer la enfermedad. Y también es la responsable de localizar las fortalezas comunitarias con las que se puede contar para superar dichos riesgos. La vigilancia permanente que ha de llevar a cabo debe ser tanto local, como nacional e internacional. Pero no hay inversión, ni voluntad política para afrontar soli-

dariamente los problemas sociales. Parece que se prefiere ignorarlos, no investigarlos. Así, el peso de la Epidemiología se desplazó hacia donde sí era posible la investigación, hacia la Epidemiología Clínica, basada en casos clínicos, no en la población.

Son muchas las multinacionales farmacéuticas y tecnológicas que financian multitud de Ensayos Clínicos de alto nivel para validar nuevos tratamientos y técnicas diagnósticas, que puedan sostener la medicina basada en la evidencia. Pero la Epidemiología y su potencial en investigación ha quedado muy reducida en el marco del Sistema Nacional de Salud, prácticamente tres cometidos la ocupan. El primero, la organización y gestión de servicios médicos; el segundo, disponer de una medicina basada en la evidencia que haga eficiente los servicios médicos; y, en tercer lugar, a la prevención de enfermedades sostenida sobre el control médico de los factores de riesgo de enfermedades, y las vacunas.

La consecuencia es lógica: tenderán a poder beneficiarse de esta medicina la población con recursos económicos, la que pueda recurrir a la medicina privatizada. Pero ya no podemos olvidar que, ante los problemas poblacionales, comunitarios, no individuales, parece que nos esperan experiencias como las de la COVID-19.

La esperanza sanitaria ante la pandemia se inscribe en volver a pensar en salud para todos, y no sólo en enfermedades ya instauradas. En la búsqueda de otro modelo de sociedad que no promueva las desigualdades sociales, buscando soluciones sólo para ricos. Porque parece demostrado que los problemas poblacionales, cuando estallan, además también afectan a los ricos.

En otra ocasión hablaremos de Epidemiología. De la Vigilancia Epidemiológica que faltó en los preámbulos de la COVID-19.●

(\*) Médicos de Salud Pública





# Postcovid: «Nada será igual»

Por Manuel Araus

**E**l postcovid tiene, a juzgar por las aportaciones que vienen haciendo diversos pensadores y filósofos actuales, escenarios complejos y aparentemente divergentes. Donde parece que hay un cierto acuerdo es en que “nada será igual”. Pero esa es una expresión que admite muchas interpretaciones.



**¿Vamos a cambiar nuestro comportamiento personal y social después de esta pandemia?**

Hay una línea de reflexiones que no se muestra nada convencida de que los comportamientos de las personas, sobre todo los referidos a nuestra relación con los demás, vayan a cambiar en demasía en cuanto acabe este encierro. Incluso a lo mejor se disparará el egoísmo personal y colectivo.

Es posible que muchos terminen llegando a la conclusión de que “lo que tengo que hacer es velar mucho más por mi mismo y los míos y disfrutar al máximo, sin más consideraciones, de los placeres que me pueda permitir”. Eso disparará el consumo, el ocio y la evasión sin límites. ¡Comamos y celebremos el momento que mañana moriremos! ¿A qué esperar?

Además, en situaciones de “catástrofes” o de “pérdida de libertad” vividas en primera persona también se nos advierte, desde la psiquiatría y la psicología, que se produce un aumento de las adicciones y de los traumas de la soledad patológica. En la actualidad, tienen que ver

sobre todo con las heridas que ha generado una sociedad hiperindividualista y desvinculada, desestructura o débil en sus relaciones sociales. El resultado puede llegar a ser, por lo tanto, una sociedad aún más enferma.

No está, pues, nada desencaminado pensar que nos espera también, junto a la euforia, un periodo “traumático” colectivo, con evidentes consecuencias en la salud mental, que demandará un tratamiento “postraumático” análogo al que sufren los sujetos de episodios colectivos tan conocidos como las guerras o las llamadas catástrofes naturales. Ello sin hablar de las consecuencias del confinamiento en las ya de por sí poblaciones más frágiles y vulnerables, entre las que se encuentran los mayores, los enfermos crónicos, los enfermos mentales, los “descartados” sociales y los niños.

**¿Desaparecerá el capitalismo?**

Otro efecto colateral, que vendría a agravar este escenario, es el de la habituación o adaptación a un régimen de “estado de excepción y control” permanente, en dónde

el precio a pagar por la seguridad, siempre precaria y susceptible de sentirse incierta, será el absoluto sometimiento a un estado fuerte y totalitario. Este estado de angustiosa ansiedad podría mantenerse con las adecuadas dosis de incertidumbre y miedo premeditadamente inoculadas cuando sea necesario. El sueño de la biopolítica imperialista está conociendo un ensayo sin precedentes.

Además, tomando de referencia el decepcionante comportamiento que está ofreciendo la UE y los EE. UU., los reinos de la “libertad” y el “bienestar” (¿para todos?), lo mismo terminamos llegando a la conclusión, por convencimiento, de que los modelos asiáticos autocráticos y nada escrupulosos con el respeto por los derechos humanos que se derivan de la libertad son mucho más realistas y eficaces.

Nada será igual, evidentemente. Pero estamos tan solo ante un escenario postcapitalista. El capitalismo, ese monstruo que todo el mundo se empeña en dar por muerto después de las grandes crisis, no sólo no se ha hundido, sino que se ha reforzado. Ha encontrado su

oportunidad (¿o la ha buscado?) para cambiar a una fase aún más imperialista, la fase biopolítica, la fase transhumanista tecnocrática.

### **El descubrimiento de “los demás” como parte de mi mismo.**

Hay una segunda línea de pensamiento. La presentamos en contraposición sólo por motivos didácticos. Evidentemente entre ambas líneas de pensamiento se encuentran muchas de las reflexiones a las que estamos haciendo referencia.

En este caso, el virus ha puesto de manifiesto la debilidad, la fragilidad y la vulnerabilidad de cada uno de nosotros y de la sociedad y del sistema económico-político en el que nos venimos moviendo.

En lo personal, y paradójicamente, el distanciamiento social y el confinamiento, no nos ha quedado más remedio que dejarnos de mirar cada uno nuestro propio ombligo. Esa especie de endiosamiento de nuestro “yo” empoderado y hedonista, pertrechado de la coraza de la tecnocracia omnipotente, ha sufrido una decepción, un colapso, una frustración.

También los “expertos” nos han decepcionado, sí. Porque está más que claro que “en el nombre de la ciencia y de los expertos” lo que se “tiene que hacer” difiere de unas propuestas a otras tanto como difiere un huevo de una castaña. De manera que nos hemos enterado que la ciencia y los científicos no son tampoco portadores de “dogmas” inapelables, ni hablan con una sola voz ni lo tienen todo “bajo control”.

Pero, al mismo tiempo, hemos descubierto lo mucho que dependemos de los demás. Y en esos “demás” resulta que aparecen, en primer lugar, la legión de anónimos que jamás son el paradigma del éxito que nos han vendido en los programas de televisión o en los canales de YouTube.

Los demás son mi familia (más desconocida de lo que pensaba), el vecino, el compañero de trabajo, el

tendero del barrio, las limpiadoras, los transportistas, los celadores y los auxiliares de enfermería, los reponedores, ... Nos encontramos viviendo una cura de humildad que necesariamente implica un descubrimiento de la alteridad, de la importancia que tienen los demás. Y un descubrimiento de la alegría en el servicio, en la ayuda mutua, en el cuidado de unos a otros.

También hemos descubierto la tan anhelada “amistad cívica”, que percibe que los demás no me pueden ser nunca indiferentes en mi vida cotidiana, en mi forma de actuar. La “amistad cívica” es lo que diferencia la mera co-existencia, donde no me queda más remedio que “tolerar” al otro, de la auténtica con-vivencia. Esta “amistad cívica” es, junto con la familia, el sostén y el alma de una democracia sana, real, y no meramente “formal” o jurídica.



### **La pandemia nos pone cara a cara frente a dilemas éticos que no podemos eludir**

Otro grupo de reflexiones que se han suscitado tienen que ver con dilemas éticos que, de forma ineludible, tenemos que atender.

Parece ser que no podemos prescindir, en lo real, de discernir sobre lo que es bueno y lo que es malo hacer. Y, a continuación, esta expe-

riencia nos hace caer en la cuenta de que lo “bueno” y lo “malo” no puede ser relativo, no puede nunca tomar como referencia absoluta lo que “yo decido” o lo que “a mí me parece”. Nos han tenido que prohibir hacer algo con el argumento, que casi todo el mundo ha acabado entendiendo, de que con ello colaborábamos a un bien fundamental de orden superior a nuestros “derechos”: no perjudicar a los demás, conseguir que restauremos la salud, que no perdamos la vida. Es decir, todos hemos entendido que nuestros particulares deseos y decisiones debían estar subordinadas a un bien superior, común. Eso no nos puede dejar sin el derecho a criticar si lo que realmente se está haciendo consigue el bien que se pretende. Aquí si que corremos el peligro de “dimitir” de nuestra responsabilidad y de delegarla sin más al papá Estado.

Y lo que nos está ocurriendo en la esfera personal se debe trasladar también en la esfera institucional, especialmente a la política. La toma de decisiones institucionales tampoco puede eludir este dilema sobre lo que está bien y lo que está mal. Pero ello no será posible sin voluntad firme de diálogo honesto, sin autocrítica y sin estar permanentemente abierto a la crítica para avanzar en los procesos de ajustamiento, que son procesos de

búsqueda de la justicia y la equidad social.

Ello equivale a medir la salud social por el trato y el interés real que mostremos por los más débiles y vulnerables y por el grado de fortaleza y organización que tiene la sociedad para asumir el protagonismo que le corresponde.

Estamos, pues, ante un dilema de gran trascendencia: O nos decidimos por una cultura de la cooperación y la colaboración conjunta en aras de un bien común o nos atenemos a las consecuencias de “competir” y “luchar” cada uno por su propio interés y por su propio bienestar caiga quien caiga. El dilema nos interpela como un grito, como una bofetada. Todavía habrá quien diga que él no lo ha escuchado. Será difícil de creer.

### **El problema de la desigualdad social.**

Todo el mundo ha entendido a la primera, en muy poco tiempo, algo que tanto cuesta hacer entender cuando cada uno vamos a lo nuestro: que el mundo no es igual para todos. Cuando se toma una medida como la del confinamiento “igual para todos”, rápidamente tomamos conciencia de que eso no funciona igual para todos. No es lo mismo el confinamiento para el que vive en una casa de 200 metros cuadrados con jardín que para la mujer que vive sola, con sus hijos, en una ha-

bitación de un piso que no tiene ni 70 metros cuadrados, o para una persona sin hogar, o ... Ni es lo mismo para el que cuenta con empleo e ingresos fijos de funcionario que para el precario o trabajador temporal o el autónomo o el sin papeles. Y así podemos seguir.

### **Porque no estamos hechos para condenar a morir a nadie. Porque nuestra vocación es cuidar la vida y respetarla.**

El problema de la desigualdad social, derivado de la organización y distribución de recursos materiales e inmateriales que propone nuestro sistema económico (que esta economía mata no es una metáfora), legitimado por nuestra “democracia formal” (que no real, porque no hay democracia política sin democracia económica), nos pone ahora frente a otro terrible dilema ético. Su manifestación más visible se refiere a nuestro sistema de salud.

Cuando faltan plazas en la UCI, cuando faltan recursos como los respiradores, cuándo falta personal sanitario, cuándo hay que hacer triajes como en los hospitales de campaña de las guerras, cuando se han degradado y mercantilizados nuestros servicios públicos (aquí hablamos del sanitario, pero lo mismo podríamos decir del educativo) con la aquiescencia de todos los

gobiernos habidos ... ¿A quién hay que salvarle la vida? ¿Quién tiene que decidir entonces? ¿Deben pagar los “viejos” el sacrificio cruento de nuestra desvergüenza después de haber organizado un estilo de vida y unas formas de trato que tenían ya de por sí un mensaje muy claro: ¡Estorbáis!? Ahora nos acordamos de ellos, iy de qué manera!

Con el dilema de los mayores, aparecen a renglón seguido el listado de los vulnerables, que resulta que teníamos por millones. No podemos eludir tampoco la cuestión. ¿Quién decide quién debe y merece vivir y en base a qué? ¿Quién tiene que estar obligado a ejecutar esta decisión dejando al margen su conciencia? También estos dilemas se han puesto de manifiesto de forma brutal. Porque no nos cabe duda de que se han tenido que tomar estas decisiones y se han tomado. Y se ha puesto de manifiesto que los médicos (y todo el personal sanitario) están para SANAR y que esa es su vocación y no otra. Y por eso la situación en los hospitales ha llegado al paroxismo del dolor moral, que ha causado más estragos que el propio cansancio. Porque no estamos hechos para condenar a morir a nadie. Porque nuestra vocación es cuidar la vida y respetarla.

### **Otra lección: vivimos en un mundo globalizado, interdependiente. Todos responsables de todos, o todos esclavos.**

Y, con los dilemas, asoman también las contradicciones y las hipocresías en las que nos venimos moviendo como si no pasara nada. Creo que las palabras del papa Francisco en la homilía previa a la excepcional bendición Urbi et Orbi impartida desde la Plaza de San Pedro el pasado 27 de marzo, lo expresan de la mejor manera posible: “En nuestro mundo, que Tú amas más que nosotros, hemos avanzado rápidamente, sintiéndonos fuertes y capaces de todo. Codiciosos de ganancias, nos hemos dejado absorber por lo material y trastornar por la prisa. No nos hemos detenido ante tus llamadas, no nos hemos despertado ante guerras





e injusticias del mundo, no hemos escuchado el grito de los pobres y de nuestro planeta gravemente enfermo. Hemos “continuado imperturbables, pensando en mantenernos siempre sanos en un mundo enfermo”

Hemos venido viviendo como si los problemas del resto de la humanidad, que ya estaba inmersa en las pandemias de la guerra, el hambre y la miseria, fueran algo muy lejano. Como si bastara con levantar muros, vallas y concertinas y aumentar el presupuesto militar, para mantenernos lejos y ajenos a esas pandemias, que crecen precisamente en el humus de nuestra indiferencia y nuestro bienestar.

A las fronteras se les han caído las máscaras. No queríamos que se nos colaran los pobres y se nos ha colado un virus. Los empobrecidos no vienen a matarnos. Vienen huyendo del virus del hambre, la miseria y de la guerra. Pero no los queremos (hablo no en lo personal sino en lo que se refiere a las estructuras y políticas implementadas en la UE) porque vienen a asaltar nuestro cómodo confinamiento en el bienestar. Y ahora resulta que descubrimos que están a pie de calle y junto a nuestros mayores, enriqueciéndonos. Vienen a enriquecernos.

**Oportunidad para revisar nuestras certezas individualistas...y nuestro marco institucional**

En esta línea de pensamiento, el momento presente nos ofrece la oportunidad de revisar esas certezas que actuaban como si fueran leyes naturales. A lo mejor para darnos cuenta de que no eran más que consignas del poder de los Poderosos, de los Fuertes. El momento presente nos pone una vez más ante una realidad interdependiente, global, que no admite las ridículas fronteras racistas y clasistas de los estrechos nacionalismos. El momento presente, repito, nos pide una opción: o “colaboración por la existencia” o “lucha a muerte por la existencia”, que es lo mismo que decir, imposición de los fuertes a los débiles. O solidaridad, que implica la firme determinación por el bien común, sin banderas ni fronteras; o “eutanasia” forzosa para los más vulnerables y débiles.

No se puede ser neutral: la eutanasia, la eugenesia, la eliminación de los débiles, de los “descartados” ya se lleva produciendo desde hace demasiado tiempo. Porque ya no depende ni de buenas intenciones ni de buena voluntad sino de estructuras alimentadas de sed de poder y de lucro. Y de hombres y mujeres que cínicamente nos movemos a diario en nuestra vida con ese mismo motor.

Decía al comienzo que hemos reducido la complejidad de las posturas y que, en apariencia, son divergentes. Pero en realidad ambas apelan a una situación que requiere de todos y cada uno de nosotros, de nuestra sociedad, una tremenda responsabilidad. O todos y cada uno de nosotros, personal y colectivamente, asumimos esta responsabilidad y nos comprometemos con la oportunidad de “regeneración”, de transformación humanista, de conversión de nuestro andamiaje mental, social e institucional, o que no nos quepa duda que quiénes en este momento detentan los instrumentos y las instancias para seguir tomando las decisiones más adecuadas a sus planes, se verán extraordinariamente reforzados y legitimados para un giro totalitario. Todos responsables de todos o todos esclavos.●

Esta  
economía  
mata

Todos  
responsables  
de todos  
o todos  
esclavos

CAMPAÑA POR LA JUSTICIA NORTE-SUR EN LAS RELACIONES HAMBRE PARO ESCLAVITUD INFANTIL  
#ESTAECONOMIAMATA

No matarás  
Dios

MOVIMIENTO CULTURAL CRISTIANO

#TODOSRESPONSABLESDETTODOS



**«Si para dominar a los pueblos hace falta una sociedad ignorante y manipulada... desconocedora de cómo funcionan las leyes y a quien le sirven, necesitamos construir estructuras que le hagan el contrapeso. Eso pasa por **promover una cultura autogestionaria**, constructora de personas que hagan posible hacer leyes que beneficien al pueblo y no a los poderosos.»**

***Julián Gómez del Castillo***